

Desde su apartamento divisan Manhattan como si estuvieran en un faro, girando 360 grados alrededor de los rascacielos de Nueva York. Adam Lindemann, su flamante esposa Amalia Dayan —se casaron en junio—, y todos sus tesoros artísticos, han *amidado* en un piso que casi roza el cielo. La comparación no es vana, pues la pareja puede imaginar desde su apartamento cómo se sienten los pájaros en sus nidos los días de mucho viento. Edificios de cristal, tan altos como el *Time Warner AOL*, se diseñan con un coeficiente de flexibilidad que permite que se balanceen y crujan en situaciones climáticas extremas. Sus habitantes pueden sentirse algo vulnerables frente a los elementos que quedan fuera de su control. No poder manejar situaciones es extraño para Adam. A sus 45 años, este hombre de negocios y coleccionista necesita ser comprendido en su puntos de vista. Él centraliza en sí mismo varias empresas: una radio de habla hispana; una emisora de noticias en español; trabaja con Marc Newson en el relanzamiento de los relojes *Ikepod* y ha publicado *Collecting Contemporary*, con *Taschen*. El libro ha sido etiquetado como la guía definitiva para coleccionistas de arte. Pero en estos momentos lo que les ilusiona es la casa que se están diseñando con el arquitecto británico David Adjaye. “Crearé un nuevo concepto arquitectónico que combina la vida cotidiana con espacios para la exhibición del arte”, explica Adam. Así que mientras acaban las obras, la pareja se refugia en su acogedor piso de ‘alquiler por las nubes’. Amalia también tiene y es historia (viva). La marchante de arte, de 34 años, es siempre requerida en los eventos de más alto nivel, suele ser entrevistada en revistas de moda por su peculiar sentido *chic* de independencia y por la seguridad que tiene en sí misma, que va más allá de su edad. Sirvió dos años en el servicio militar israelí, antes de establecerse en Nueva York en 1997. Ha trabajado y dirigido varias prestigiosas galerías arte hasta abrir la suya en Chelsea, *Bortolami Dayan*, con su socia Stefania Bortolami. Entre sus artistas están Hope Atherton, Tim Noble y Sue Webster, Paul Pfeiffer y Damien Hirst. La sala se ha consolidado como una de las de mayor reputación de la Gran Manzana. Muchos de los creadores que representa se han *colado* en su piso, dando lugar a una impresionante galería privada hogareña. Y no hablamos de la típica casa de un coleccionista. Cubierta de *pies a cabeza* con un papel pintado por Takashi Murakami; en el recibidor hay un mueble de Paul Evans, que *carga* con piezas de la colección de arte africano de Adam. Unos pasos mas adelante, en el salón, *The sleep of Reason (El sueño de la razón)* una de las obras más conocidas de Damien Hirst, que Lindemann adquirió en Sotheby's por más de un millón de dólares. El empresario no oculta su pasión por



*“Amalia me da la pista sobre nuevos artistas; pero me siento muy orgulloso de mis propios descubrimientos”.* ADAM LINDEMANN

el coleccionismo, y para la creación de su legado artístico cuenta con los sabios consejos de su mujer. Durante un viaje a Berlín, Lindemann conoció el trabajo de Thomas Helbig, Andreas Hofer, Andreas Butzer y Thomas Zip, a través del marchante Guido Baudach, “¡Compré todo lo de ellos!” dice con picardía, como alguien acostumbrado a esta clase de inversiones. Y muchas de esas obras *repentinas*, cuelgan y *amueblan* todas las estancias de su piso. Los sofás del salón son de Franz West; la lámpara de pie de los hermanos Bouroullec y las *Brillo Boxes*, unas improvisadas mesitas, de Andy Warhol. Un lienzo de Glenn Brown domina la pared del comedor, junto a las sillas y mesa también de West. En la habitación principal la cama y *bureau* son de Paul Evans. En los dormitorios de las hijas de Adam (de un matrimonio anterior), en una flores de Murakami, en la otra una instalación de Tim Noble y Sue Webster. “Nada fue comprado para poner en un lugar concreto —aclara Adam— sólo para coleccionar”. Amalia modestamente añade: “Lo único que tenemos de peculiar, es que Adam viene de un ámbito diferente al mío, ha aprendido muy rápido, y ahora compartimos. Lo estamos haciendo juntos”. Pero no siempre opinan igual: “No conseguí que se interesara por Cattelan, pero él con me contagió su adoración por West”.✽